

Recordar, compartir, aprender

## Oviedo

Lucía González Fernández, 77 años

Ana Quiroga Olavarrieta, 18 años

### UN AMOR EN LAS ANTENAS

*Luchi, como la llaman sus amigos, llora a menudo, últimamente llora por todo; pero no es que la pena la coja y se le agarre dentro, no, es que se acaba de operar de un lacrimal y sus lágrimas, en vez de calmarse, explotan en un manantial de agua salada cada vez que el sol ilumina sus ojos cansados, que una corriente roza su cuerpo o algún recuerdo hace que se tronche de risa.*

A Joaquín, su marido, no le gusta bailar, ni tampoco jugar al parchís, pero eso a Luchi no le preocupa. Ha sido campeona de parchís en dos ocasiones y siempre encuentra en el Centro una mano amiga que le eche una partida, o incluso su nieto se anima a acompañarla en esa pequeña batalla de fichas de colores. En cuanto a bailar la cosa se complica un poco más, ¡con lo bailarinas que salieron las cuatro hermanas y ninguna de ellas ha encontrado un hombre que siga sus pasos! Pero Luchi quiere a Joaquín por encima del parchís y de los bailes, y su amor se remonta a más de medio siglo de mutua compañía, a cuarenta años compartiendo una casa pequeña pero acogedora, a una hija, dos nietos, cinco operaciones y antenas, muchas antenas.

Cuando Luchi volvió de Madrid después de que la echasen de aquella casa en la que servía, logró instalarse como ‘doncella’ en Oviedo, en la casa de un Coronel de la Guardia Civil. Allí, en plena dictadura franquista, sirvió durante 14 años –“No se ganaba mucho, pero era un buen empleo”- y allí, entre plumeros y trapos, conoció a su hombre-antena.

En aquellos tiempos no existían las antenas, pero Joaquín, humilde albañil, se había convertido en una peculiar antena humana que todas las mañanas, escapándose discretamente de su labor en la obra, atisbaba entre los tejados intentando ver a través de las ventanas a aquella jovencita y delgada muchacha. Luchi tardó unos días en darse cuenta de aquella presencia que la observaba tímidamente, algo había surgido entre las tejas, un joven mozo que la sonreía y la piropeaba, una antena humana que día tras día persistía con insistencia por llamar su atención. Cuando el sol comenzaba a calentar, Luchi sentía cómo la suave brisa le acariciaba la nuca, ¿o acaso eran aquellas miradas de su hombre-antena al que hacía como que no veía pero que lograba sacarle una sonrisa?

Los días fueron pasando y las miradas, poco a poco, fueron dando paso a las palabras y las citas. De las antenas se pasaron a los paseos, a las películas y a los bailes; y tras un cortejo de dos años, Luchi y Joaquín se casaron. Después, vinieron las dificultades para encontrar casa, las búsquedas sin suerte de Luchi, que nunca se desanimaba, y fue tal su insistencia que un buen día logró hablar con el Delegado de Vivienda y sus exigencias fueron concedidas.

Y en esa casa, después de cuarenta años –“Que se escriben y se dicen muy pronto”-, allí sigue Luchi, viendo crecer a sus nietos, ayudando en las clases particulares de su hija Soledad, rodeada de antenas parabólicas en el tejado y caminando por la vida de la mano de su hombre-antena.